

DISCOS DE LA ESPAÑA DE PANDERETALOS CABALLISTAS
DE ARROYO DEL PUERCO

LA Historia, discurrir de los hechos, como las costumbres, aspectos del vivir, se describen de distintos modos. Cierto que la realidad es una e inmutable, pero su apreciación y aún su percepción dependen a menudo del temperamento del observador y es también a veces cuestión de perspectiva, según el punto cardinal en que el observador se coloque. Y no hablemos—¡oh magno sofista de Jonia!—, refiriéndonos a lo histórico, de los que se hacen esclavos de lo actual y solo atentos a su medro se deshacen en elogios a príncipes; ni de los que, si atendemos a las costumbres, dan en imitar al filósofo de Sinope cuando, ceñido el manto a la cintura, hacía rodar su tinajón desde la cumbre del Cranio para no ser el único ocioso ante la aproximación del ejército de Filipo.

Así, la descripción de las costumbres, aún tratándose de un mismo núcleo y de un mismo lugar, suele alcanzar, según los casos, insospechados matices y tonos sorprendentes que van desde el tenue y candoroso lila hasta el intenso y sensual verde forraje, desde el blanco ortodoxo hasta el rojo iconoclasta, con resonancias atinentes al respectivo matiz, desde el tono suave de la flauta campestre hasta el recio y sonoro zumbar de la marcha guerrera pasando por la ocarina, el acordeón y la zambomba. Y esto, en el suponer de que el compadre que nos endilga el cuento no lo amenice con acordes de *jazbán* que, desde Alaska hasta el oasis de *Jámalajá*, es zarabanda de zulús.

Ahondar en esto de perspectivas, tonos y matices, nos llevaría muy lejos y nos expondría a serios patinazos en el vasto campo de la filosofía; mas ello no quiere decir que hayamos de renunciar, por muy poquita cosa que seamos y por muy reducido que sea nuestro espacio vital, a enjuiciar acerca de lo que nos concierne cuando, en nuestro leal saber y entender, a todas luces se nos desconoce y se nos falsea.

Todo esto se me viene a las mientes con motivo de que días pasados me encontré en Cáceres al buen amigo y cofrade Pepe Canal Rosado, arroyano a machamartillo, quien, entre indignado y jocoso, me dió cuenta de haber topado en cierto libro una descripción de *los caballistas de Arroyo del Puerco*, donde, según él, se nos ponía que no había por donde cogernos, comenzando por asegurar que se

trata de un pueblecito que está a dos pasos de *Arroyo de la Malpartida*, cuyos habitantes éramos sólida y concienzudamente brutos por la sencilla razón de que lo habíamos *mamado*; extendiéndose en pormenores a tono con tan amable y halagadora premisa inicial.

Pepe Canal quedó en enviarme el libro en cuestión y yo, por no se qué asociación de ideas, recordé de una tarde, hará cuatro o cinco años, en que Emilio Carrere, estando yo, creo que con Manuel Delgado, me presentó en el Café Castilla de la madrileñísima calle de las Infantas, a un americano, funcionario no sé si de la Legación de Colombia, quien me aseguró que mi nombre le recordaba el de cierto poeta guatemalteco autor de un libro titulado *Mi patria y mi dama*, editado por la casa Maucci de Buenos Aires; con lo cual yo quedé encantado de la vida al ver confirmado algo de lo que Antonio Rodríguez Moñino me había indicado sobre el particular como leído nada menos que al insigne y venerado Rodríguez Marín. No tuve, pues, nada que objetar al diplomático; pero éste, al saber que yo era extremeño y estaba de paso en Madrid, me preguntó dónde vivía.

—En Arroyo de la Luz, provincia de Cáceres,—contesté.

—Antes Arroyo del Puerco—agregó no se quien.

¡Cómo!—dijo el americano—¿Donde los caballistas alancean toros bravos por la noche con ayuda de perros?

—No, señor—argüí—eso no ocurre más que en Popayan.

Y me fuí a tomar unos chatos a la calle de la Cruz, con unos coterráneos que allí me estaban esperando.

Pero ahora, ante el libro que me ha remitido Pepe Canal, aquel incidente, de cuyo tenor literal no respondo, viene a mi imaginación con luces nuevas.

* * *

El libro, que se titula *Nervios de la raza*, está editado en 1915. Yo no lo conocí hasta ahora. Su autor, Eugenio Noel, lo dedica a los manes venerandos de Ernesto Renán y León Tolstoi y está escrito con todo el garbo que el amigo Eugenio sabía desplegar antes de que los flamencos de Triana le endosaran la coleta a que le juzgaron acreedor por *la perra* que había cogido con toros y toreros.

Cosa buena esto del libro, no lo de la coleta. Eugenio Noel, chiri-gotas aparte, escribía bien, había leído mucho y sabía cosas. El hombre vino por aquí captando tipos y costumbres a su manera y nos cuenta *lo que él vió*. El que no lo quiera creer ¡allá películas!

Aquí de las perspectivas y los temperamentos: Cierta historiador que menciona Luciano, hacía su exordio asegurando que *los oídos son menos fidedignos que los ojos* y que él escribía *lo que había visto*, para a renglón seguido aseverar que *los dragones* o enseñas militares de los Partos no eran sino enormes serpientes vivas que se crían en Persia, *un poco más arriba de Iberia*, las cuales tremolaban en sus marchas dándoles suelta al entrar en combate, sembrando así la muerte y el espanto en los contrarios. Todo esto—agrega el ilustre mentor de Samosata—*lo vió el tal*, aunque con seguridad

desde la copa de algún árbol gigante, ya que de otro modo no se lo hubiera podido referir a los corintios y la Humanidad se habría visto privada de tan admirable escritor.

Y yo no quiero decir que este sea el caso; entre otras cosas, porque creo que el historiador a que se refiere Luciano, era un pobre cegato *viendo cosas* si se le compara con el amigo Eugenio.

Porque... ¡Verán ustedes!

Luego de describirnos lo que era gala y orgullo del lugar, la diligencia llamada *La Constancia* (tablas crugientes, ruido macabro de chatarra, voces desaforadas del mayoral, latigazos y blasfemias de los encuarteros) nos cuenta cómo el populacho empujó a cierto tremedal de la charca a un pobre viandante, del que no se ha vuelto a ver hueso ni pelo, por haberlo tomado por el *Destripador* y tras tan ameno proemio nos refiere que el día de la fiesta *por la tarde* se va la gente joven a la Ermita de la Patrona, donde ya el cura espera *en las gradas*, metidas las manos en los bolsillos de la sotana, ladeado el bonete a lo quinto y con la cara más picaresca del mundo. La multitud, *ávida de libertinaje*, bebía copiosamente y se perdía por parejas entre las sinuosas sendas de las carrascas y los rastrojos. Pero—¡no vayan ustedes a creer!—Había arroyuelos con sus berros, mejorana, verbena, yerbaluisa y albahaca, de picante olorcillo. ¡La mar de bien! En la pared de la Ermita se alzaba un tinglado curioso. Erase que se era un tablado con vasares a modo de escala donde se apilaban los regalos en especie hechos a la Patrona por los fieles, los cuales regalos eran subastados entre sabrosísimas piruetas, retruécanos jugosos y centelleantes equívocos por un ser singular *de voz de hierro* y gestos subversivos que eran el refocilamiento de las mozas, al que la previsión escolástica había colocado allí para esos menesteres. Y nos describe la subasta de un cochinillo, de unos pichones y de un plato de arroz con leche. Yo me quedo chato leyéndolo. Pero esto no es nada. Lo bueno empieza ya al atardecer al iniciarse las proezas de los caballistas que, cada uno con su moza a la grupa, se ponen a hacer barbaridades sarracenas de las que resultan despanzurrados cada año buen número de personas de ambos sexos y no pocas caballerías. Mas lo verdaderamente típico, lo gordo, es a medida que avanzan las sombras de la noche. No hay luna. Se han apagado todas las luces. Hay varios toros bravos que, aunque con cencerros, van sueltos por las calles; y por las calles, a ver quien puede más, andan los caballistas con sus garrochas y todos los perros del lugar, en una zarabanda agresiva, furiosa, desorbitada, frenética. De vez en vez se percibe un tropel de mozos en huída, silbidos larguísimos, rastrillos de hondas que vibran en el aire, ayes fingidos que se confunden con los verdaderos, porque *el hecho verdad* es que, como no hay luz y los valientes comen esa noche en la calle, no falta nunca algún que otro jinete garrochista, borracho de vinazo y de brutalidad, que confunde a su mismísimo padre con un toro y le echa las tripas al aire como si tal cosa.

Mas... ¿Para qué seguir? Ahí tienen ustedes un esbozo de lo que

Eugenio Noel *vió* en este pueblecito que está a dos pasos de Arroyo de la Malpartida y describe en su libro *Nervios de la Raza*.

* * *

Yo sé cómo se escribe la historia, no solo porque he leído a Luciano de Samosata sino porque sé cosas parejas a la del poeta guatemalteco y comprendo cómo el americano del café Castilla había forjado *su verdad* acerca de Arroyo del Puerco. Y eso es cosa seria. La mentira grotesca que difunde un libro escrito por una pluma ágil y amena, acaba por ser a través del tiempo y del espacio más verdad que la realidad misma. Así surgió la España de pandereta. Ni aun la befa y el sarcasmo son desdeñables cuando falsean lo que es nervio y alma y patrimonio espiritual de nuestra grey: la historia y las costumbres. Pero ello no se corrige con denuestos, aunque irrite el considerar que el deprimirnos es ruindad gregaria por parte de los extraños y es odiosa vileza cuando quien nos denigra es un compatriota. Salir al paso de ello del modo que se pueda, es imperativo categórico de la dignidad y es hacer patria, porque no hay ningún esfuerzo completamente estéril; pero no hay que olvidar tampoco que podemos caer en el ridículo si al hacerlo empezamos por desconocer o aparentar desconocer la importancia de la falsedad y de quien nos hizo objeto de ella, o de espaldas a la ecuanimidad, nos largamos por los despeñaderos del desplante o de la megalomanía. Yo no sé si Eugenio Noel es vivo o muerto. Si murió, paz a su alma. Si aun vive, quizá no fuera ocioso recordarle —¡oh, Mark Twain!— que una de las cosas que diferencia al hombre del perro, es que éste, de no estar hidrófobo, no muere nunca al que una vez lo ha hartado de comer y que no hay nada que necesite tanto ser reformado ni nada más fácil de falsear que las costumbres ajenas.

Leal y honradamente creo que el fondo honrado que hay en toda conciencia humana llevaría al autor de *Nervios de la raza* a lamentar haber proferido tantas y tan incongruentes barbaridades acerca de este pueblecito de once mil habitantes que, según sus nociones geográficas, está a dos pasos de Arroyo de la Malpartida.

JUAN LUIS CORDERO

LAS LÁMINAS DE ESTE NÚMERO

Son obra del joven artista, D. Luis Martín, hijo de nuestro inolvidable D. Tomás Martín Gil. Nuestra revista se complace en ofrecer a sus lectores estos bellos trabajos sobre típicos rincones de la Capital, como homenaje a la memoria de nuestro llorado Director y para estímulo del inspirado dibujante cacereño, a quien auguramos muchos éxitos en su carrera artística.

MIRADOR

Crónica retrospectiva

Uno de los deseos del movimiento cultural suscitado por nuestra revista era el de llevar a cabo en Cáceres la Exposición del Libro regional, lo que se ha podido lograr gracias a interesarse en ello el Sr. Gobernador Civil secundado por la Diputación y el Ayuntamiento cacereño, y al trabajo incansable de la comisión organizadora, compuesta por los señores Ortí, Hernández, Marcos, García Camino, Elviro, Muñoz, Canal, Bravo y otros más, siendo de destacar la tarea de clasificación y colocación de los libros que con celeridad y eficiencia resolvieron los señores de Rodríguez Moñino.

El día 23 de Abril último, festividad de S. Jorge, patrón de Cáceres, y con asistencia de autoridades de ambas provincias extremeñas, se efectuó la inauguración en la sala de sesiones de la Diputación. El acto comenzó haciendo entrega el Gobernador Civil de la provincia, señor Rueda, del premio «Tomás Martín Gil», convocado bajo su patrocinio por nuestra revista, al señor Rodríguez Moñino, galardonado por su trabajo «Escritores extremeños en las obras de Cervantes».

Tras la lectura por el señor Elviro de una emocionante carta de la viuda del señor Martín Gil, agradeciendo el homenaje, usó de la palabra don Fernando Bravo, que expuso la correlación existente entre el homenaje al investigador señor Martín Gil, de quien hizo un sentido canto, y la Exposición del Libro, que era uno de sus acariciados proyectos. Destacó la sorpresa que ha constituido la Exposición, demostradora de que si fuimos los más grandes conquistadores, corre parejas con tal grandeza nuestra obra en el laboreo del espíritu, y terminó sentando que la Exposición es recuento de lo hecho, pero también cimiento de una fecunda obra futura. Luego el señor Rodríguez Moñino disertó documentadísimo sobre el poeta Francisco de Aldana «El Divino»; demostró que nació en Alcántara y tras seguir la vida azarosa del capitán hasta su heroica muerte en la batalla de Alcázarquivir, glosa sus poemas, deteniéndose en la epístola a Arias Montano y en las vivaces composiciones de carácter militar, haciendo un acabado estudio de este gran vate extremeño.

La Exposición se celebró en el salón de actos del Ayuntamiento, acondicionado al efecto, constituyendo un rotundo éxito en todos los aspectos. Desde códices e incunables hasta las obras más recientemente impresas, pasaban de los dos millares los volúmenes expuestos, destacando las colaboraciones del Monasterio de Guadalupe, Seminarios de Plasencia y Coria, Biblioteca Pública de Cáceres, Diputación de Badajoz y Ayuntamientos de Cáceres, Plasencia y Trujillo, y mereciendo señalarse entre las aportaciones de particulares la muy valiosa del señor Rodríguez Moñino.

La clausura tuvo lugar el día 3 de Mayo, con gran solemnidad, pues asistieron los Directores Generales de Archivos y Bibliotecas, señor Bordonau, y de Administración Local, señor Fernández Hernando, y autoridades de ambas provincias extremeñas. Como primer acto se celebró una misa en el Santuario de la Virgen de la Montaña, y la clausura oficial se verificó en el salón de sesiones de la Diputación, pronunciando unas palabras el señor Elviro agradeciendo la presencia de las autoridades y la cooperación prestada por todos los extremeños. A continuación Fray Arcángel Barrado (O. F. M.) desarrolló el tema «Conventos y escritores franciscanos en Extremadura», poniendo de manifiesto la compenetración entre la Orden franciscana y la región, dando a conocer con todo detalle la localización y advocación de los Conventos que existían en las tres provincias de Los Angeles, S. Gabriel y S. Miguel, y tras reseñar los escritores franciscanos que dieron lustre a Extremadura, lanza la iniciativa de que se publique un mapa regional con expresión de sus monasterios y conventos.

El Gobernador Civil señor Rueda, en elocuentes frases supo hacerse intérprete de la alta tensión cultural del momento, afirmando que se está siguiendo el proceso de elaboración de las grandes realizaciones, o sea primero la aportación de materiales y luego la organización de las tareas constructivas, que en el orden cultural ha de cristalizar en la meta que será la creación del Instituto de Estudios Extremeños. Y por último, el señor Bordonau, que ostentaba la representación del señor Ministro de